

Identidades y familias de jóvenes madres desvinculadas del conflicto armado*

Identities and families of young mothers
disengaged from the armed conflict

Eliana Pinto Velásquez**

Trabajadora social

Universidad Nacional de Colombia

Resumen

Este artículo indaga sobre los cambios y/o permanencias resultantes del conflicto armado, en las familias rurales de origen de seis jóvenes madres atendidas por el programa de atención a niños, niñas y jóvenes desvinculados de grupos armados ilegales del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF). Al reconocer a la familia como espacio de socialización en el que se ofrecen los primeros referentes para la construcción de las identidades de sus miembros, se entrevistó la manera como los actores armados ejercen formas de poder que atraviesan el ámbito doméstico y permanecen vigentes luego de la desvinculación.

Palabras clave: familias, identidades, género, jóvenes, desvinculación, conflicto armado, socialización.

Abstract

This paper raises the question about the changes and continuities into the original rural families of six young mothers attended by the the ICBF's assistance program to children and youngsters disengaged from illegal armed groups. Recognizing the family as a socialization space where its members first meet the references to build their identities, the text explores how the armed groups exert different forms of power that cross the domestic sphere and that remain even after the family's disengagement from the conflict.

Keywords: families, identities, gender, youngsters, disengagement, armed conflict, socialization.

Recibido: 14 de abril de 2009. **Aceptado:** 4 de agosto de 2009.

* Este artículo es producto del análisis realizado a partir de la investigación *Madres, jóvenes y desvinculadas del conflicto armado en Colombia: identidades construidas, modificadas y/o reafirmadas en sus familias, grupo armado ilegal e institución de protección*, para optar por la maestría en Estudios de Género, de la Universidad Nacional de Colombia.

** pinto.eliana@gmail.com

Introducción

Dentro de las familias se configura el proceso de socialización primaria, considerado como fundamental para el desarrollo de las personas, dado que en él cada uno y una es introducido e introducida a la sociedad, en medio de una trama de conversaciones en las que las y los otros significativos le presentan los roles y actitudes que deben tener en cuenta para su desenvolvimiento social. Dichos aprendizajes se *filtran* por cada uno y una de acuerdo al lugar en el que se encuentren dentro de la distribución social del conocimiento y del trabajo (Berger y Luckmann; Barreto Gama y Puyana Villamizar).

El proceso de socialización primaria también cobra importancia puesto que las identificaciones que dentro de él se establecen tienen un carácter de inevitabilidad, es así como

[...] no existe ningún *problema* de identificación, ninguna elección de otros significantes. La sociedad presenta al candidato a la socialización ante un grupo predefinido de otros significantes a los que debe aceptar, en cuanto tales, sin posibilidades de optar por otro arreglo [...] Hay que aceptar a los padres que el destino nos ha deparado. (Berger y Luckmann, p. 170)

En este orden de ideas, en medio de este proceso de socialización primaria, lo aprendido y la identidad adquirida se consideran como el mundo, y las consecuentes socializaciones secundarias y re-socializaciones mantienen, confirman o modifican lo aprendido en ese primer espacio, mostrando y evidenciando la existencia de otros mundos posibles diferentes al de la familia, construyéndose así otras identidades para actuar y desenvolverse en ellos.

La familia, partiendo de las explicaciones del discurso sociológico tradicional hasta las que desde la perspectiva de género y los estudios feministas se han

dado, ha sido y es tema de investigaciones y reflexiones respecto a su estructura y conformación, como organización social que ejerce las labores de socialización ocupando un lugar central en la configuración de la identidad de las personas (León; Barret y McIntosh; Puyana Villamizar, 2007). A partir de estas discusiones se han identificado las diversas formas en las que en la familia se dan relaciones de poder jerárquicas, en ocasiones violentas; y de las capacidades que tienen sus miembros para adaptarse y responder a los diversos cambios en los órdenes políticos, sociales, económicos y culturales que tienen especificidades geográficas y regionales, lo que implica entonces diferentes maneras de asumirse y ser familia. Dada esta pluralidad se ha reconocido la necesidad de hablar de *las familias* (Puyana Villamizar, 2007).

El objetivo general de la investigación consistió en identificar las concepciones, sentimientos y prácticas que construyen las madres atendidas por el programa de atención a niños, niñas y jóvenes desvinculados de grupos armados irregulares del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar —ICBF¹— Regional Bogotá, teniendo en cuenta su paso por espacios de socialización como la familia de origen, inmersa en el conflicto armado, el grupo armado ilegal y la institución de protección. La metodología para dicho trabajo se basó en la construcción de genogramas e historias tipo derivadas de las conclusiones obtenidas de la revisión de historias socio-familiares y la realización, análisis intra e intertextual (Piña, 1988) de entrevistas en profundidad a seis jóvenes madres

¹ El programa se conocía como Programa de atención a niños, niñas y jóvenes desvinculados del conflicto armado, pero por mandato presidencial, aproximadamente desde el 2005, el nombre debe ser cambiado, por considerar que en el país no existe conflicto armado interno, sino una *situación de violencia generada por actores armados ilegales y el narcotráfico*.

desvinculadas atendidas por el programa del ICBF, regional Bogotá.

Para ejemplificar lo anterior, se retoman los relatos de las entrevistas a seis jóvenes madres desvinculadas del conflicto armado en Colombia (Juliana, Sandra, Lucía, Viviana, Rosa y Mariana)². Las jóvenes entrevistadas hicieron parte de grupos guerrilleros, específicamente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia —FARC-EP—. Se presentan entonces las etapas, acontecimientos, hitos, motivos y causalidades que ellas le otorgan a las relaciones que sostuvieron con sus familias de origen antes del ingreso al grupo armado ilegal, durante su permanencia y los vínculos que luego de su salida del grupo y posterior ingreso al programa de atención del ICBF mantienen con sus familiares y las narrativas³ que en torno al deber ser mujer se configuraban, reconociendo su pertenencia a familias rurales inmersas en el conflicto armado⁴.

Las familias rurales y sus relaciones con la violencia sociopolítica

(...) En esos días vino la guerrilla, a repartir la finca, a dejarnos la herencia, como por allá la herencia es terreno, hectáreas de terreno, entonces ellos vinieron a medir las hectáreas.

ROSA, 18 años

Para el análisis particular del caso colombiano es importante reconocer el contexto violento en el que se encuentra inmerso el país hace ya más de cinco décadas, de tal manera se puede considerar a las familias colombianas, sobre todo las de las zonas rura-

les, como partícipes de la sociedad, y encontrándose pues dentro de tal contexto, les resulta inevitable no enfrentarse y sufrir las consecuencias de los acontecimientos de violencia sociopolítica, los cuales les plantean retos en términos de ajustes y del uso de recursos para la convivencia y su sobrevivencia (Palacio Valencia).

Esto convoca entonces a pensar de qué manera la existencia de hechos como las masacres, las desapariciones, las torturas, las amenazas, los asesinatos selectivos, el desplazamiento y, en este caso particular, el reclutamiento forzado de niños, niñas y jóvenes afectan a las familias y sus integrantes, incidiendo en los procesos de socialización, específicamente, “[...] en los discursos y narrativas que los colectivos establecen como verdaderos y que afirman los fundamentos de las leyes que rigen su funcionamiento, definiendo así las costumbres, normas, valores y tradiciones que mantienen las interacciones” (Bello, p. 187), en cuanto hombres, mujeres, niños, niñas, jóvenes, ancianos, pero también como padres, madres, hijos, hijas, etc.

Retomando la idea anterior, se debe tener en cuenta que los actores armados han ido interviniendo en los procesos de socialización de las familias rurales y de las zonas urbanas periféricas, lo cual evidencia que la dinámica del conflicto en Colombia ha ido progresivamente involucrando a población civil dentro de la confrontación bélica. Este hecho se reconoce como uno de los elementos que complejizan el panorama, junto a la incorporación en las filas de los ejércitos regulares e irregulares de niños y niñas.

[...] la familia se constituye en un escenario de vital importancia para el control por parte de los actores del conflicto armado, quienes generan cambios en la cotidianidad familiar; haciendo que la dinámica interna se disponga hacia la búsqueda de alternativas de sobrevivencia, reguladas por la expansión y consolidación del conflicto armado y la degradación de la guerra irregular. (Palacio Valencia, p. 207)

Teniendo en cuenta este contexto, es posible entrar a revisar cómo las jóvenes madres desvinculadas vivenciaron tales situaciones y cómo a partir de estas particularidades se estableció dentro de sus familias

2 Los nombres usados son invención de la autora para proteger la identidad de las jóvenes entrevistadas. Es necesario resaltar que el criterio de escogencia de las jóvenes, cuyas edades están entre los 17 y 18 años, fue que la permanencia al grupo armado ilegal hubiera sido mínimo de un año y que llevaran siendo atendidas por el ICBF seis meses o más.

3 Esto porque “los relatos son inacabados en la medida que nuevas experiencias van provocando versiones diferentes y se convierten en narrativas cuando se apropian, se fijan, se les otorga una secuencia y se seleccionan según el sentido brindado por cada persona a su existencia” (Puyana, 2006, p. 13).

4 Es necesario aclarar que lo que aquí se presenta no pretende generalizar, sino que hace alusión a historias específicas de las jóvenes.

su proceso de socialización primaria. De esta manera, el recorrido propuesto para el desarrollo de este artículo parte de las relaciones que las jóvenes entablaron con sus familias en tres momentos claves: antes de ingresar al grupo armado ilegal, siendo parte del grupo y cuando salen de él e ingresan al ICBF. Para ello, en los análisis de los relatos se tuvieron en cuenta categorías como la conformación familiar, las formas de autoridad y afectividad, los lugares de esparcimiento y juego, las relaciones entre madre y padre y de las madres y padres con sus hijos e hijas, la educación sexual, las concepciones sobre maternidad y sexualidad y la división sexual del trabajo, elementos que se expresan en los arreglos de género⁵ que se construyen en cada una de las familias.

Las familias de origen

Cuando yo vivía con ellos las cosas eran diferentes...

LUCÍA, 18 años

Dentro de los análisis alrededor de los relatos de las jóvenes, y retomando los resultados del estudio realizado por la Defensoría del Pueblo (2006) sobre la caracterización de los niños, niñas y adolescentes desvinculados, fue posible constatar cómo las jóvenes se relacionaban directa o indirectamente con el conflicto armado en su niñez dentro de sus familias de origen antes de ingresar a la guerrilla.

En las regiones en las que las jóvenes vivían, los departamentos de Caquetá, Casanare, Guaviare, Meta y Boyacá, existe presencia de grupos armados, bien por ser zonas donde pueden adquirir recursos para su manutención, como también por ser corre-

dores estratégicos para el tráfico de drogas y armas. Es así como se encontraba en los relatos de Juliana, Rosa, Viviana y Mariana que sus familias y ellas se dedicaban a trabajar en el cultivo de coca, bien como “raspachines”⁶, en las labores de cocina para los trabajadores o en la recolección de la hoja, labores también marcadas por las diferencias de género. La realización de estos trabajos ponía a las jóvenes en contacto continuo con miembros de los grupos armados, cuya presencia también fue detonante para el aumento de las confrontaciones armadas por la incursión del ejército:

Mi hermano mayor [...] vive en el Caquetá y se dedica a raspar coca porque es como lo que se da allá, él raspa coca. (Mariana, 17 años)

[...] se complicaron mucho las vainas porque como se había metido el ejército pues a la guerrilla le tocaba estar lejana... yo trabajaba cocinando para obreros, como allá trabajan mucho con la coca, raspábamos, fumigábamos la coca, sembrábamos comida. El papá de los niños trabajaba en lo mismo, menos cocinar para los obreros. (Rosa, 18 años)

De otra parte, dentro de las familias de las jóvenes se encontraban personas que pertenecían o pertenecieron al grupo armado al que posteriormente ellas ingresaron, por ejemplo, su padre, sus hermanos, hermanas, primos, primas, entre otros. Este contacto implicaba acostumbrarse a las dinámicas propias del conflicto.

[...] todos sabíamos que estaba en el grupo, porque mi papá nunca nos ocultó eso, nos contaba sobre todo para que de pronto el día que nos llegaran a coger no fuéramos a hablar, nos decía que él pertenecía al grupo y llevaba desde los diez años trabajando con ellos, y que no llegara a ser que Dios ni lo quisiera que nos llegaran a coger pues nosotros éramos muy niños, y que no nos dejáramos convencer por cualquier dulce a sapearlo⁷ a él o a la familia, porque si decíamos nos mataban a todos, eso sí nos daba miedo [...] y ellos los

5 Por arreglos de género “[se] entienden los pactos legales como los patrones y hábitos informales que se asignan a lo masculino heterosexual y a lo femenino atributos opuestos, y con base en esa atribución cultural le señalan a lo femenino y a lo masculino heterosexual roles y lugares diferenciados en las esferas pública y privada sobre los que se estructuran relaciones de poder donde lo masculino heterosexual tiende a subordinar y desvalorizar a lo femenino y a los disensos sexuales. Estos patrones y hábitos, aun cuando son percibidos como productos de la biología y asumidos como perennes, son en realidad *desenlaces contingentes de luchas entre actores con distintos grados de poder*. Por esta razón, los arreglos, a pesar de parecer inmodificables, son dinámicos y varían según los momentos y los contextos históricos” (Wills Obregón).

6 Las personas que recogen las hojas de la mata de coca y que la raspan para producir la base de la cocaína.

7 Véase definición: entre delinquentes, acusar, delatar, denunciar. Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Vigésima segunda edición. 17 de septiembre de 2009. http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=cultura.

guerrilleros como llegaban a la casa entonces nosotros jugábamos con ellos y ellos jugaban con nosotros. (Viviana, 18 años)

Se reconoce que las jóvenes identifican como importantes los vínculos que establecieron con estas personas, quienes son significativas en sus vidas, por ejemplo, en la historia de Viviana, que estuvo seis años en el grupo guerrillero. Además, se considera como un hito en su relato la relación con su padre, pues para dar cuenta de su familia es él quien ocupa gran parte de su narrativa, al igual que su hermana, que también se encuentra en el grupo. La madre es nombrada solo en términos funcionales —relacionada con labores desempeñadas en el hogar— mas no emocionales. Así mismo, reconoce que es el padre también quien la vincula a la guerrilla y a su proyecto de vida como enfermera, profesión que él deseaba para ella, además de que en el grupo fue entrenada para ello.

Esto permite analizar las estructuras familiares de las jóvenes y cómo se manejaban las relaciones dentro de estas, al igual que los arreglos de género, teniendo en cuenta que aún en la mayoría de familias rurales se estructuran relaciones tradicionales que reproducen patrones patriarcales de socialización, dentro de los cuales ocupa un lugar importante la segmentación sexual de espacios según las actividades que deben realizar hombres, mujeres, niños y niñas.

Mis papás están separados, vivían en unión libre, ellos se separaron cuando yo tenía como cinco años creo, somos seis hijos. Mi papá trabaja en construcción haciendo casas. Él está viviendo con otra señora, también en unión libre, él tiene como 52 años, mi mamá tiene 42 años, ella se dedicaba a lo que le saliera, a coger café, a lavar ropa para sostener a mi otro hermanito que esta pequeñito. (Mariana, 17 años)

Las familias de las jóvenes tienen entre cinco y diez miembros, con un promedio del número de hijos o hijas que varía entre tres y ocho. Esto genera una pregunta por las razones que hacen que la fecundidad en medio de un contexto de conflicto armado continuo siga siendo alta en las familias rurales, como las de las jóvenes. Podría pensarse que la idea de *formar familia* sigue relacionándose con la

existencia de hijos e hijas, además de la necesidad de contar con mano de obra para el trabajo en el campo, pero también —y teniendo en cuenta lo anterior— como una estrategia para hacerle frente al hecho de que los grupos armados recluten a sus hijos e hijas, con lo cual disminuyen y fragmentan las familias y sus capacidades productivas y afectivas.

De otro lado, hay que reconocer —como en los casos de Juliana, Sandra y Viviana— que antes de ingresar al grupo pertenecían a familias recompuestas, bien por el fallecimiento de alguno de sus padres o por la separación. Como un aspecto común se encuentra que tales separaciones pasaban antes por la experiencia de la violencia intrafamiliar: “[...] mi papá siempre ha sido muy perro y entonces hay veces que ellos peleaban y un día mi papá le pegó a mi mamá y entonces se separaron, pero entonces volvieron, y entonces fue cuando mi papá se fue” (Viviana, 18 años).

Las nuevas uniones del padre o de la madre se presentaban como problemáticas, y se señala como un acontecimiento relevante la incorporación de nuevos miembros a la familia, en ciertas ocasiones otros lugares de residencia y maltratos en aumento por parte del padre o de la madre y también por los padrastros, madrastras, hermanastros y/o hermanastras.

Yo digo que yo hubiera preferido que mi papá se hubiera quedado solo... yo creo que mi vida sería otra porque mi madrastra fue la que más me aburría... nosotras peleábamos mucho, ya mi papá le había dado autoridad de agarrarnos y pegarnos... era muy brusca con nosotras, nos trataba más fuerte que mi papá, él nunca llegó diciendo no le pegue a las chinas, no, antes él llegaba a pegarnos también, entonces a mí eso me dolió mucho. (Juliana, 18 años)

Un acontecimiento importante en la vida de las jóvenes es su encuentro con las formas de autoridad, cuyas acciones correctivas —caracterizadas por su violencia y rigidez— fueron desproporcionadas frente a las expresiones de afecto, que se relacionaban más con los consejos, con dar comida y dejar u otorgar tiempos libres para el juego⁸.

8 Véase el tema de las familias de los niños, niñas y jóvenes desvinculados en Álvarez Correa, Miguel y Julián Aguirre Bue-

En contraste, los relatos de Lucía y Rosa hacen un mayor énfasis en la dinámica familiar. Lucía, por ejemplo, quien hace parte de una familia indígena nuclear, caracteriza como hechos importantes una relación basada en el apoyo entre sus padres y hermanos, exponiendo como motivo una distribución de funciones equitativa entre todos y todas:

[...] entonces a mí me gustaba que mis hermanitos eran muy juiciosos, ellos trabajaban, ensuciaban la ropa y la lavaban ellos mismos y si estaban enfermos ahí sí nos pedían ayuda a mi mamá o a mí, para hacer el oficio y a veces mi mamá estaba cansada y eso la ayudaban a hacer el oficio, el almuerzo y todo eso. Cuando no estaba mi mamá, a mi papá le tocaba hacer el almuerzo. (Lucía, 18 años)

Esta es la única joven que hace referencia a relaciones con su familia extensa, pero para describir cómo progresivamente se fue generando una desintegración familiar por la vinculación de uno de sus hermanos y de un primo a la guerrilla. Podría pensarse que esto se debe a que las comunidades indígenas se han declarado neutrales frente al conflicto armado y el ingreso y permanencia de miembros a los grupos armados va en contra de las posiciones que han asumido en dicho contexto⁹.

Otro acontecimiento que se destaca en el relato de Lucía es la relación que tiene con sus siete hermanos y los cuidados que le ofrecían, ya que ella es la única mujer, lo que hacía que la sobreprotegieran: “[...] a mí nunca me dejaban salir sola de la casa (risas), me mandaban siempre con mis hermanos y si ellos no me llevaban me tocaba quedarme en la casa y lloraba”. (Lucía, 18 años)

De otro lado, Rosa, que hace parte de una familia sustituta consanguínea¹⁰, ya que su padre murió

de cáncer, cuando ella tenía ocho años, y su madre de derrame cerebral, cuatro años después. Queda entonces a cargo de dos de sus hermanas, sin embargo, presenta dificultades en la convivencia con ellas, por celos por parte de la primera; con la segunda, expresa que se sentía aburrida porque tenía que trabajar mucho ayudándole con los oficios domésticos. La muerte de sus padres se reconoce como un hito dentro de su relato, puesto que para ella su vida se divide en el antes y el después de estos acontecimientos, dado que tenía buenas relaciones con ellos, sobre todo con su padre: “mi papá me consentía mucho, yo era la hija menor, él me quería mucho, le pegaba a mis otros hermanos porque me molestaban, era muy consentida” (Rosa, 18 años), y su muerte es el motivo que la joven da para explicar la desintegración familiar, el hecho de que una de sus hermanas y dos hermanos se fueran para el grupo armado y que ella fuera quien quedara a cargo del cuidado de su madre.

[...] luego de que murió papá todos mis hermanos se fueron, mis hermanas consiguieron marido y se fueron, los otros se fueron para el grupo... Fue complicado porque después mis hermanos cogieron para el grupo, en esos días vino la guerrilla, a repartir la finca, a dejarnos la herencia, como por allá la herencia es terreno, hectáreas de terreno, entonces ellos vinieron a medir las hectáreas y en eso convencieron a mi hermana y ella se fue, mi hermano mayor ya se había ido y como al año se fue mi otro hermano. Mi hermana tenía 14 años, el otro 18 y el otro como 24, yo fui la única que quedé con ella (madre), yo hacía cositas como lavar ropa... es que mi mamá sufría de la tensión, entonces con lo que ganaba le compraba unas pastas que ella que necesitaba, mis otras hermanas también ayudaban mucho. (Rosa, 18 años)

Como se aprecia en el aparte anterior, las jóvenes, antes de entrar al grupo armado, se ocupan en tareas del orden doméstico y del cuidado, sin embargo, en el relato de Mariana, ella narra su gusto por actividades que se relacionaban con tareas realizadas por su hermano mayor, como el amansamiento de caballos y labores de siembra en fincas de coca, pero ella considera que estos trabajos hacían parte de su esparcimiento, porque de todas formas debía ayudar

naventura. *Guerreros sin sombra. Niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado*. Bogotá: Procuraduría General de la Nación, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), Organización Internacional para las Migraciones (OIM), Save the Children (Reino Unido), 2002.

⁹ Esta información proviene de los archivos del ICBF, Lucía no menciona en el relato su pertenencia étnica a alguna comunidad indígena.

¹⁰ Los cuidados y responsabilidades pasan a ser de un familiar en primer o segundo grado (hermanos y hermanas) de consanguinidad, por la ausencia temporal o permanente del padre y/o la madre.

a su mamá y hermanas en la casa. De tal manera, se afirma que las labores desempeñadas en los espacios del hogar son lugares que tradicionalmente se les han asignado a las mujeres y a las niñas y que, aunque pueden representar algún beneficio económico, son labores que no son valoradas como trabajo productivo útil dentro del espacio rural, el cual estaría destinado a ser desarrollado por los niños y los hombres, hecho que coincide con la caracterización de los niños, niñas y jóvenes desvinculados realizada por la Defensoría del Pueblo (2006), pues en dicho estudio se encontró una alta participación de los niños:

[...] en actividades agrícolas como cultivar o cosechar la tierra. Las ventas y el trabajo en construcción tienen una participación mucho menor que las actividades agropecuarias y fueron realizadas con mayor frecuencia por la población masculina [en tanto que] entre las niñas fue más común organizar y asear la casa, cocinar y lavar la ropa. (p. 117)

[...] papá trabajaba aserrando y nos mantenía con la pesca [...] mi mamá mantenía en la casa cuidándonos. (Rosa, 18 años)

De acuerdo con lo anterior, y a partir de los estudios que tienen en cuenta la perspectiva de género, se ha reconocido a las familias como espacios dentro de los cuales operan relaciones de poder jerárquicas, que subordinan a sus miembros por medio de prácticas y discursos que socialmente han legitimado los arreglos de género específicos a partir de las interpretaciones que se hacen desde la diferencia biológica sexual, otorgándole “[...] poder a los hombres sobre las mujeres [...] lo que genera discriminación y desigualdad que se manifiestan social, cultural y económicamente. Se trata por tanto de un conflicto que conforma una de las características estructurales del actual modelo de organización social” (Montero, p. 3).

Desde los análisis hechos a los relatos de las jóvenes se encuentra que dentro de sus familias de origen dichas relaciones de poder se expresan en la división de las funciones y arreglos de género para el desempeño de las labores públicas y privadas. Un aspecto que comparten los procesos de socialización tanto para niños como para niñas es el trabajo infantil, el cual, pese a designar labores distintas —tanto por



Bárbara Zapata, 2008

sexo como por edad—, ocupa un lugar importante dentro de las familias rurales, hecho que tiende a validarlo y naturalizarlo, con lo que incluso se legitiman duros tratos que infligen los y las mayores sobre niños y niñas so pretexto de “formarlos adecuadamente”, relegando en la mayoría de ocasiones la formación escolar y espacios para la lúdica y el juego (Puyana Villamizar, 2000).

[...] es que yo hacía casi todo en la casa, porque mi otra hermana que está en la guerrilla salió muy orgullosa, ella no me ayudaba con la ropa del niño, no le gustaba lavar loza y entonces solo lavaba la ropa de ella y a mí me tocaba lavar la ropa de todos, por ser la mayor. (Viviana, 18 años)

[...] yo tenía diez años, estaba haciendo quinto, no volvimos a estudiar, mi padre se junto con una señora con siete chinitos y metió la plata en una casa, compró una casa y pusieron una tienda entre los dos [...] ellos

pusieron una finca y también sembraron coca, con plátano, yuca, maíz, ya nos llevaron y me tocaba ir a cocinar para diez obreros, ayudarle a esa señora, Dios mío, y cuando se iba nos tocaba con la otra china hija de ella, que es igual a la edad mía [...] ¡qué mamera!¹¹ (Juliana, 18 años)

Estas divisiones también se hacían evidentes en los espacios dedicados al juego y al esparcimiento, donde los juegos y los espacios destinados para ellos reforzaban los estereotipos que se marcaban en las tareas que cada uno debía realizar en el hogar.

[...] a veces iba mi hermano [a jugar con ella y sus amigas] pero el resto del tiempo él se quedaba en la casa jugando con los niños, con carros y todo eso [...] o a veces jugábamos con muñecas y cuando era verano nos íbamos a la playa a bañar o a coger huevos de Terecas¹². (Viviana, 18 años)

En medio de tales divisiones se establece el *deber ser* de la mujer, dedicada a su hogar y con el propósito prioritario de “formar una familia”, tener hijos o hijas cuidarlos, ser respetuosa, atenta, fiel y complaciente. Esto lo reconocían las jóvenes en sus relatos cuando hablaban de las dinámicas de las relaciones conyugales de sus hermanas mayores y de las esposas de sus hermanos, sin embargo, a pesar de la expectativa social y cultural de que en lo rural las tradiciones religiosas aún permanecen para legitimar las uniones, en la construcción de los genogramas¹³ jun-

11 El término “mamera” hace referencia a pereza.

12 Un tipo de tortugas.

13 Es una estrategia metodológica que permite la intervención con las familias, la confección de un mapa de ruta del sistema de relaciones familiares, donde aparecen nombres y edades de todos los integrantes, las fechas de los matrimonios, de las separaciones, las enfermedades y las muertes. El genograma es la representación gráfica de una constelación familiar, de por lo menos tres generaciones. Zapata, Barbara. “Los genogramas”. *Trabajo Social Familiar. Documento de trabajo*. Bogotá: inédito. Para ampliar información y consultar los genogramas de las jóvenes, véase Pinto Velásquez, Dora Eliana. *Madres, jóvenes y desvinculadas del conflicto armado en Colombia: identidades construidas, modificadas y/o reafirmadas en sus familias, grupo armado ilegal e institución de protección*. Tesis para optar al título de magíster en Estudios de Género: Área Mujer y Desarrollo, Centro de Estudios Sociales CES, Facultad de Ciencias Humanas, Maestría en Estudios de Género: Área Mujer y Desarrollo, Bogotá, Colombia.

to con las jóvenes fue posible constatar que en cinco de los seis relatos no se hace alusión a la existencia de matrimonios avalados religiosamente, sino a uniones de hecho, práctica que parte desde los padres y continúa en las relaciones de pareja de las hermanas y hermanos de las jóvenes¹⁴. Estas uniones se presentan desde los doce años, como en el caso de la hermana mayor de Rosa, por lo que también es posible pensar que las mujeres de estas familias iniciaron a una edad temprana sus experiencias sexuales y, en algunos de los casos, la maternidad, es decir, desde los trece o catorce años de edad.

La maternidad no se da entonces en edades mayores a los veinte años, y se presentan con frecuencia lo que se podría catalogar como maternidades adolescentes, claro está que aunque la práctica de la unión legal y religiosa no sea obligatoria, la unión como tal debe existir, es decir, contar con un compañero que responda por ella y sus hijos y/o hijas, de tal manera que aunque se presenten separaciones, el tiempo en el que la mujer está sola con sus niños no es muy amplio, porque se dan nuevas uniones de hecho con nuevos hijos e hijas.

Mi hermano tiene como 27 años, vive en unión libre, tiene tres niños... el mayor tiene como seis añitos, va a cumplir seis, el que le sigue tiene como tres añitos y el otro esta en la barriguita todavía ... Sigue mi hermana, tiene 25 años, vive en unión libre hace como tres años, tiene una bebé, pues tiene dos, una no es de él pero la otra sí, el esposo de mi hermana tiene como unos 38 años, es mayor que mi hermana. (Mariana, 17 años)

[...] quedaban tres hermanos, cuatro conmigo, ya tenían marido e hijos y mi hermano en esos días consiguió mujer y la mujer tuvo una hija, ya nos separamos, se separaron todos de mamá, pues todos ayudaban económicamente pero ya no era igual. Mi hermana tenía 19, la otra 17 y la otra sí consiguió marido como a los 12 años (ella ya se había ido antes de que papá muriera). (Rosa, 18 años)

14 Lucía no conoce con exactitud el tipo de unión de sus padres, no sabe si viven en unión libre o celebraron algún tipo de ceremonia religiosa indígena.

El *saber ser madre* es algo que se va aprendiendo con la existencia de los hijos y las hijas, como lo afirman las jóvenes: *solo la experiencia puede dar el conocimiento* y, con el análisis de sus relatos respecto a los procesos de maternidad de sus hermanas, se evidencia que solo cuando ya se tienen los hijos e hijas se busca ayuda, en estos casos de la madre o de las hermanas mayores. De la misma manera sucede respecto a los cambios presentados en el cuerpo por el desarrollo físico, como la menstruación, proceso que las jóvenes afirman que fue en primera instancia abordado por alguna figura femenina en su familia: la madre, las tías y/o las hermanas, y en donde se hacía explícito el deber de mantenerse limpias, además de hacer énfasis en la posibilidad de inicio de las relaciones de noviazgo, las relaciones sexuales y la posibilidad real de quedar en embarazo, lo cual hace que las conversaciones respecto a estos temas puedan darse con mayor facilidad, pero solo sobre generalidades. De la misma manera es posible hablar de los hombres y las formas “adecuadas” de comportarse con ellos, en la nueva posición de señorita, ya no como una niña.

[...] el día que me desarrollé me dio mucho miedo, pues yo de una fui y le dije a la hermana mayor, ella de una vez me habló de las toallas, me compró toallas y me explicó cómo usarlas porque yo cómo iba a saber y bueno uno se adapta a eso, entonces ella me decía que tuviera mucho cuidado que tenía que cuidarme, que había muchos métodos para cuidarse, que me cuidara mucho para tener relaciones porque quedaba embarazada. (Rosa, 18 años)

Antes de llevarme a la guerrilla me empecé a enfermar (menstruación), yo enfermé como a los nueve años, entonces mi cuñada fue la que me explicó, entonces cuando yo llegué allá pues igual ya sabía un poquito y allá las amigas, las compañeras le colaboran a uno también en ese aspecto... mi cuñada me dijo que eso le llegaba a uno cada mes (baja el tono de voz) que cuando a uno le llegaba la menstruación pues uno no tenía que hacer tanta fuerza, ni tomar cosas que fueran fuertes. Pero en el grupo qué, eso tocaba hacer todo igual. (Mariana, 18 años)

Según el aparte anterior, para Mariana la menstruación se asemeja a una enfermedad, tanto por los cólicos menstruales, como por el sangrado, que al no ser explicado con anterioridad se asocia al hecho de que existe una herida, ante la que se despliegan todo una serie de cuidados dirigidos hacia la higiene y la anticoncepción, con esto puede pensarse que con la menarquia empiezan a configurarse dentro del ámbito familiar, y social, *dispositivos del control hacia el cuerpo*, para acallarlos igual que sus deseos sexuales. En este mismo orden de ideas, las madres, tías o hermanas de las jóvenes les transmiten las interpretaciones propias que ellas han construido, lo cual las jóvenes van asumiendo progresivamente de acuerdo al espacio en el que se encuentren y los requerimientos que en él se hagan, como el caso de Mariana dentro del grupo armado.

De otro lado, las jóvenes complementan sus informaciones recurriendo a familiares cercanos, como sus primas, dado que dentro de sus familias pertenecientes al ámbito rural el tema de la sexualidad no es tratado en profundidad, pues se considera como algo de lo que, al hacer parte de lo privado, no es moralmente bueno hablar demasiado, y menos en espacios públicos. Por esto es recurrente encontrar en los relatos de las jóvenes falta de una orientación sexual y un acompañamiento a las relaciones de pareja, teniendo en cuenta las imposiciones que los cambios generacionales van produciendo, en contextos rurales como en los que se encuentran las jóvenes y esto “[...] se expresa en una actitud ambivalente [...] Las nuevas generaciones dudan y se angustian, porque la cultura les transmite a través de la menstruación un referente directo de su identidad” (Puyana Villamizar, 1999), en este caso reforzando la equivalencia mujer igual madre.

Se pensaría que el espacio escolar podría complementar los vacíos que quedan en las explicaciones que se dan en las familias, teniendo en cuenta también los recursos precarios de las instituciones educativas en las zonas rurales del país y de la educación impartida por religiosas, como sucedió con Lucía y Sandra. Pero en casos como los de Juliana, Viviana, Rosa y Mariana este complemento no fue posible por su deserción escolar, que se dio alrededor

de los once años, dejando sin terminar su educación básica primaria, hecho que se dio bien por la necesidad de ayudar a su familia trabajando, de manera voluntaria u obligada, o porque no se sentían a gusto y tampoco les parecía importante la asistencia al espacio escolar.

De otro lado, en relatos como el de Sandra, lo que se presentaba constantemente y que se configuraba como un hito en su historia era la manera recurrente en que su madre se refería despectivamente a los hombres. Sandra piensa que esto se debe al hecho de las malas experiencias que su mamá había tenido en las relaciones con su padre y ahora con su padrastro, marcadas por engaños y violencia intrafamiliar.

[...] ella me hablaba de las relaciones sexuales, que no le parara tantas bolas a los hombres, que ellos jugaban mucho con uno, no más mi mamá, yo miraba el ejemplo de mi mamá, no más mi papá la dejó y se fue con otra y ahorita mi padrastro... ya llevan siete años y eso se la pasan peleando. Entonces yo dije “ay, hombres pa’ qué” yo miraba el ejemplo. (Sandra, 18 años)

Para aclarar las dudas que se tenían, o que por vergüenza no se preguntaban, y tampoco se contestaban, en la casa y en la escuela las jóvenes recurrían a sus amigas, una práctica que se hace evidente sobre todo en la historia de Juliana, ya que al ser abandonada por su madre (quien luego es asesinada por paramilitares) y dejada a cargo de su padre desde los cuatro años, junto con su hermana de tres, expresa que no recibió todos los saberes necesarios para aprender a ser una mujer, en comparación con otras jóvenes (hecho que se presenta como un *hito en su relato*).

Mi mamá nunca me dijo nada, a mí todavía me da duro, por ejemplo, cuando las muchachas dicen que su mamita las espera, no tampoco, pero todavía me da duro, a mí me hizo falta mi mamita, en serio que sí. Por ejemplo cuando no estaba para contarle las cosas... Pero no, no estaba cuando más la necesitaba. (Juliana, 18 años)

Se puede considerar que durante el tiempo que las jóvenes madres hicieron parte de sus familias, y se desarrolló el proceso de socialización primaria, fueron progresivamente introducidas en un espacio

social, cultural, económico y político cercano a las lógicas del conflicto armado. Allí se iniciaron procesos de identificación con figuras que de igual manera hacían parte directa o indirecta de él, lo cual tendió a naturalizar y a incorporar en su cotidianidad la posibilidad de la existencia del ejercicio de una violencia sistemática, que tendía a exacerbarse en los espacios familiares, con el ejercicio de la violencia intrafamiliar y la obligación del trabajo en labores ligadas al desarrollo de la guerra, como el ser *raspachines* o atender a los hombres que se dedican a esta labor, ser informantes en la zona, entre otras.

Además, dentro de sus familias se configuraron narrativas respecto a lo que se esperaba de ellas como hijas, como mujeres, dentro de un espacio rural, lo que en ellas también fue formando una manera de percibirse, construyendo entonces una identidad ligada a las exigencias, los aprendizajes y los apegos emocionales con esos otros significativos que les mostraron *el mundo*. Un mundo en el que su desarrollo como mujeres implicaba aprender los oficios domésticos, aunque para algunas —como Mariana— estos no se realizaran con agrado y se buscara por otros medios ejercer tareas que no los involucraran, como trabajar en labores agrícolas más allá de la siembra y la recolección. También debieron acallar sus cambios físicos y emocionales, a la par que atender a sus padres y hermanos, cuidarse para evitar embarazos no deseados, *ser buenas* para formar una familia adecuada y saber criar a sus hijos o hijas, hechos que empiezan a ser superficialmente explicados a partir de la menarquia.

Es de resaltar cómo en los relatos de las jóvenes se evidencia que la formación de familias no necesariamente tiene que pasar por la aprobación religiosa, lo que podría pensarse plantea la posibilidad de las separaciones y de nuevas uniones, además de que se instauraron maneras diferentes de pensar la construcción de pareja y familias, en las que quizás las mujeres podrían tener mayor injerencia.

Las familias con el ingreso al grupo armado

Pero mi papá nunca dijo dónde está, él nunca buscó, nunca me reclamó ni nada.

A mí me hirieron, yo le dije... yo llamé a la casa y le dije: 'papá estoy mal', dijo 'yo la tenía bien a usted acá', eso fue lo que me dijo y me colgó.

JULIANA, 18 años

Cabe anotar que las razones que las jóvenes dan para haber ingresado a la guerrilla poco tienen que ver con pensamientos ideológicos y se sustentan más en razones de carácter emocional, que siguen reforzando el estereotipo cultural de que las decisiones de las mujeres se relacionan con el sentimiento dejando de lado la razón, pero el ingreso al grupo armado responde a una manera de vivir en ambientes en los que la violencia resulta válida para ganar reconocimiento y poder (Higuera Rubio)¹⁵.

Dentro de relatos como los de Viviana y Lucía se presenta como un hito la posibilidad de fortalecer sus vínculos familiares y de entablar relaciones fuertes con los familiares que con anterioridad se encontraban dentro del grupo armado como su padre, su hermana y hermano; personas que, como ya se nombró, ellas consideran representativas e importantes, puesto que de ellas han recibido los mejores consejos, las más fuertes expresiones de cariño y mediante sus narrativas han construido una imagen de las mujeres que quieren ser. Para ellas, esto se debe a que dentro del accionar del grupo han logrado compartir con ellos y ellas espacios y actividades en los que la vida corre peligro y donde las relaciones de amistad son esporádicas por los cambios constantes de lugar.

Mi hermana y yo estábamos en el grupo con mi papá, el resto está con mi mamá... él me daba muchos consejos, éramos como acá papá e hija, y con mi hermana también andábamos juntas... con mi hermanito y mi mamá sí y no, porque mi hermanito a veces iba allá y como él se enfermó, un caballo se desbocó y lo tumbó y casi lo mata, entonces lo llevaron para un hospital de la guerrilla y yo lo atendí, ese fue la última vez que lo vi, ahorita tiene quince años.(Viviana, 18 años)

Sin embargo, no sucede lo mismo con la familia que no hace parte del grupo armado de manera

directa, con ellos y ellas las jóvenes refieren un distanciamiento, de la madre y los hermanos menores, especialmente, puesto que no existe una continuidad en la comunicación, bien por la lejanía geográfica en la que pueden ser ubicadas, lo que impide las posibilidades de contacto regular, como a veces pueden tenerlo si trabajan cerca, o por evitarles preocupaciones y cuidar de su seguridad, como se da en el caso de Mariana, quien ingresa al grupo en lugar de su hermano y sabiendo que sus otros dos hermanos mayores pertenecen al ejército, decide cortar cualquier posibilidad de encuentros o comunicación con su familia. Sin embargo su madre es amenazada y posteriormente desplazada.

Hay que resaltar que en la mayoría de los casos, entre sus familiares, las madres de las jóvenes son las que conocen su situación de pertenencia al grupo guerrillero. En relatos como el de Lucía, su madre le manifiesta constantemente sentimientos de tristeza y culpa por su vinculación a la guerrilla, hecho que terminó por minar las relaciones con el resto de su familia extensa, relaciones que, como se dijo anteriormente, empezaron a afectarse cuando su primo y hermano entraron también al grupo armado.

Por el contrario, el ingreso de Juliana al grupo generó reacciones de rechazo y de conflicto con su padre, lo hizo su relación con él aún más distante. Esto es un hito en su relato, tal como lo muestra la cita con la que comienza este apartado.

[...] sí, yo sí la embarré, sí la embarré, o sea primero me decía que yo estaba muerta para él, porque él me había dicho que eso no le había gustado a él. O sea la guerrilla nos desplazó y yo me fui con la guerrilla. (Juliana, 18 años)

Resulta importante, además, señalar como un aspecto fundamental en el cambio de las relaciones con sus familias de origen el hecho de que las jóvenes dejen de depender económicamente, y en algunos casos también emocionalmente, de ellas, y que ahora incluso puedan aportar recursos para la subsistencia de sus familias. Asimismo, su vinculación a la guerrilla se presenta como una posibilidad de lograr una independencia de las dinámicas de maltrato y violencia intrafamiliar.

15 Véase al respecto en Páez, 2002; Brett, 2004; Kearnis, 2004; Carmona PARRA, 2006 y Defensoría del Pueblo, 2006.

Se puede considerar, entonces, que con el ingreso de las jóvenes al grupo guerrillero se presentan modificaciones en las relaciones que mantenían con sus familias, no solo por el hecho de ya no convivir con ellas y presentarse variaciones en las dinámicas cotidianas, sino porque su participación implica una vinculación más real al desarrollo del conflicto armado, lo que pone a sus familias y a ellas como partícipes en la guerra, existiendo posibilidades más cercanas para ser objeto de amenazas y actos violentos, como el desplazamiento forzado. Pero si bien sus familias, en especial sus madres, saben de la situación de sus hijas e intentan en ocasiones persuadirlas para salirse del grupo, en algunos casos el hecho de poder compartir otros espacios con aquellos que son representativos en sus vidas, aún más que sus madres, y con los que se siguen reforzando fuertes procesos de identificación como su padre y/o hermano o hermana, es algo que ellas valoran y presentan como relaciones relevantes dentro de sus relatos para mantenerse en el grupo, mientras en otros casos la permanencia se relaciona con el hecho de cuidar a su familia y evitarles ser blanco del propio accionar de la guerrilla, de los paramilitares y, en ocasiones, de las fuerzas armadas.

Las familias con el ingreso al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar

(...) Ya llevo como tres o cuatro años que no voy por allá, yo no sé ahora si seguirá igual, apenas mi mamá me dijo que mantenían peleando, me imagino cómo estarán mis hermanitos pequeñitos, por allá botados.

LUCÍA, 18 años

Con la posterior salida del grupo armado e ingreso a alguna de las instituciones que hacen parte del programa de atención a niños, niñas y jóvenes desvinculados de grupos armados ilegales que lidera el ICBF¹⁶, también se acarrean cambios y/o perma-

nencias en las relaciones con las familias de origen de las jóvenes. Se presenta un distanciamiento que en ocasiones se siente más fuerte dada la lejanía geográfica, ya que las familias de las jóvenes entrevistadas, como se nombró anteriormente, viven en los departamentos de Boyacá, Casanare, Putumayo, Guaviare y Meta. La falta de recursos económicos y el hecho de que algunas de ellas se encuentran en situación de desplazamiento hace que las visitas familiares sean difíciles. Por lo cual, desde la institución, se busca establecer el contacto por vía telefónica y en algunas ocasiones se han realizado encuentros familiares, auspiciados por el ICBF, teniendo en cuenta, además, que las medidas de seguridad se incrementan dentro de las instituciones por el número de niños, niñas y jóvenes que atienden y respondiendo de igual manera a una de las dificultades con las que dicho programa se enfrenta al crearse y desarrollarse aún dentro de un contexto como el colombiano, donde continúa el conflicto armado. Por ejemplo, algunos niños, niñas y jóvenes, dada su forma de desvinculación del grupo armado, son perseguidos y amenazados, hecho que también se presentaba en los casos de Juliana, Rosa y Mariana.

[...] a mi hermano sí lo han cogido como tres veces la guerrilla y lo han tenido por allá [...] no le he podido preguntar no me he podido comunicar con él, la vez pasada hace días yo me fui a llamar allá a Telecom y le marque allá y yo marqué y como ellos tienen interceptadas las líneas entonces todo lo que uno hable ellos lo escuchan, entonces como él no contestó el celular ellos lo contestaron yo le dije “¿con quién hablo?” y me dijo “¿a quién necesita?” y dije que a Juan y me dijo “¿y usted quién es?”, yo le dije que era una amiga, entonces él se quedó callado cuando escuche la voz del otro que le dijo “camarada” entonces yo colgué de una y no volví a marcar. Por parte de mi hermana y mi mamá me he enterado que lo han cogido porque con ellas él sí se comunica. (Mariana, 17 años)

16 El programa se crea en 1999 con respaldo de la comunidad internacional, en un principio Save the Children (Reino Unido) respalda la iniciativa y es desde el 2001 que la Organización Internacional para las Migraciones, OIM, acompaña el proceso con recursos junto con la financiación de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, Usaid. La población a atender es definida como menores de 18 años que hayan participado de las hostilidades del conflicto armado, en acciones de

inteligencia, logística o combate, siendo parte de alguno de los grupos subversivos reconocidos por el Estado y cuya desvinculación se haya dado por: desertión del grupo subversivo y entrega voluntaria a las autoridades, captura por parte de las fuerzas armadas y/o entrega negociada por parte del grupo insurgente (Escobar y Hernández; Álvarez y Aguirre, p. 10).

Por esta misma razón, Lucía y Viviana, que tienen familiares dentro de la guerrilla, pierden toda comunicación con ellos, lo que vivencian como un distanciamiento que les produce incertidumbre, pues les inquieta no saber qué es lo que piensan su hermano, padre y hermana, respectivamente, de su salida del grupo. Además, si se dieron cuenta de que fue por captura, y no porque ellas se hayan entregado, lo cual significaría una traición.

Dentro de su permanencia en la institución, para la cual fortalecer los vínculos familiares es un objetivo dentro del proceso de atención, jóvenes como Lucía evidencian sentimientos de tristeza y vergüenza hacia su familia, culpándose de las situaciones de desintegración y conflictos familiares que sucedieron luego del proceso por el cual han pasado desde el ingreso a la guerrilla, como durante la salida de ella y ahora su inclusión a un sistema de protección, en el que además todas cuentan con una nueva condición, aparte de ser desvinculadas del conflicto armado, es allí donde comienzan a ejercer su maternidad. Algunas como Juliana, Viviana, Mariana y Rosa venían embarazadas o con sus hijos ya nacidos, pero Lucía y Sandra quedan embarazadas de muchachos que también hacen parte del programa, lo que plantea preguntas por las maneras de abordaje de la sexualidad en la institución.

Esta situación genera una dualidad de sentimientos y expectativas. Por una parte, como se señaló anteriormente, los sentimientos de vergüenza aumentan, dado que vivencian este hecho como una decepción para sus familias o, por el contrario, consideran que esta es o será una alegría para sus padres: saber que tienen nietos y nietas.

Él no sabe que tiene un nieto y por un lado creo que se pondría contento porque al saber que ya tiene un nieto y de la primera hija, porque yo soy la primera hija de él; y por otro no, por el grupo, o sea porque yo estoy acá pero no sé si ellos me tienen allá como si me hubiera entregado o porque me cogieron; bueno y mi mamá, pues ella se pondría contenta pero también se pondría angustiada, porque imagínese yo volver allá se asustaría porque le daría miedo a que me maten, pero yo quiero ir, quiero ver a mi mamá, mirarla, contarle, aunque sea contarle que tiene un nieto. (Viviana, 18 años)

A partir de este testimonio se reconoce cómo para las jóvenes entrevistadas, exceptuando a Juliana, que solo demuestra apego por su hermana menor, pero no recuerda con agrado su vida en familia con su padre y madrastra, sus familias representan una parte importante de sus vidas y un lugar al que desearían regresar, pero desconocen, suponen o se han hecho evidentes condiciones de seguridad que restringen su retorno. A lo anterior se suma el interés que nace de transitar de un espacio rural limitado en sus proyecciones a un contexto que basado en las posibilidades de mejorar sus vidas, de ejercer labores y profesiones diferentes que les permitirían constituir sus propias familias, bien sea como madres solteras o estableciendo uniones, dentro de un ámbito urbano en el que reconocen que habría más oportunidades para el desarrollo tanto propio como de sus hijos e hijas, con lo que entonces se rompen las tradicionales labores rurales en términos generacionales.

[...] a mí me gustaría volver al campo pero a visitar no más y volver por acá, porque acá es como más chévere la cosa, no sé porque se miran muchas cosas diferentes, porque por allá se miran las mismas cosas, los mismos árboles, la misma gente. (Mariana, 17 años)

Los recurrentes cambios de escenario de las vidas de estas jóvenes de familias rurales en medio del conflicto armado, vinculación a un grupo armado y el paso por una institución de protección han conducido a cambios y permanencias, nostalgia por sus familias, tanto en sus percepciones y prácticas como en sus maneras de ver el mundo, de transmitirlo, y en sus proyecciones a futuro respecto a sí mismas y, ahora, respecto a sus hijos e hijas y esas nuevas familias que conforman o pretenden conformar.

De otro lado, esas continuas experiencias han hecho que se produzcan cambios apresurados en su ciclo vital. Tuvieron una infancia caracterizada por el maltrato, en la que el trabajo ocupaba un lugar importante, tanto que llevaba en la mayoría de los casos a desestimar la importancia de la educación escolar con respecto a sus labores dentro de sus familias y por las particularidades de la socialización que estas jóvenes tuvieron de acuerdo a su pertenencia a familias rurales permeadas por el conflicto armado, tanto por

su ubicación geográfica como por la relación directa o indirecta de algunos de sus miembros con el grupo armado y su propia vinculación posterior al grupo armado ilegal. Luego, una adolescencia en la que deben asumir un proceso de desvinculación y su maternidad, que según las exigencias que se les hacen para cumplir con este papel, da comienzo a su adultez.

Si bien la evolución de una fase a otra de la vida corresponde a hechos biológicos, tales como el crecimiento de la corporalidad, la capacidad de la especie humana para reproducirse y el deterioro del organismo, estos eventos por sí mismos solo adquieren significado como una interpretación simbólica y cultural. (Barreto Gama y Puyana Villamizar, p. 33)



Bárbara Zapata, 2008

Es posible afirmar entonces la importancia que tienen para las jóvenes los conocimientos, los apegos emocionales, las concepciones y prácticas aprendidas en sus familias, las cuales, a través de las narrativas van también configurando, en palabras de Berger y Luckmann, *programas institucionalizados para la vida cotidiana*, dentro de los cuales se establecen las maneras propicias para comportarse, en este caso,

como hija y niña en el momento actual, pero también lo que marcará la forma de hacerlo en futuras situaciones, es decir, como joven, mujer y madre. A través de tales programas también se presentan las maneras de diferenciar las propias identidades de las de los otros y otras.

A partir de este contexto se puede pensar que de una u otra manera hubo condiciones dadas para que, por lo menos al inicio, el paso al grupo armado no resultara ser problemático y antes bien pareciera asumirse con cierto aire de nueva responsabilidad, lo cual a su vez promovió la continuidad, transformación y/o ruptura de aquellas conversaciones que se establecieron en torno a lo que se esperaba de ellas

como mujeres y como hijas, dependiendo del lugar que ocuparan dentro del grupo de los hijos. De tal manera que “[...] muchas veces... no se dan cuenta en qué momento se volvieron combatientes porque su proceso de socialización ha estado ligado a la vía armada” (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo —PNUD—, p. 5).

También deben reconocerse las explicaciones, motivos y causalidades que las jóvenes dan a estos acontecimientos, entre los que se encuentra que frente a la violencia intrafamiliar y el trabajo infantil era algo que respondía a las tradiciones familiares. En el análisis también se evidenció que se relacionaban con estereotipos de género, que tendían a naturalizar las prácticas y segmentaciones sexuales del trabajo y el conocimiento. De otro lado, para ellas la presencia de gente armada, la existencia de cultivos de coca y los enfrentamientos armados

eran resultados del contexto social, no era algo que se cuestionara, pues siempre habían vivido en esas condiciones, era normal; por lo cual su ingreso al grupo se explicaba como algo circunstancial, algo que se veía venir. De la misma manera, circunstancial, explicaban su desvinculación de la guerrilla, el posterior ingreso al ICBF y los cambios en las maneras de relacionarse con sus familias. Es decir que todo

dependió de la manera en que sucedieron los acontecimientos.

Por último también debe reconocerse que con el ingreso al ICBF se establece de una u otra manera un proceso de resocialización, en el que no solo se modifica el contexto de desenvolvimiento de las jóvenes, sino también las costumbres, los horarios, las normas y la manera de relacionarse con otros y otras y con sus familias rurales de origen. Para algunas se percibe como un choque y elaboración de viejas y nuevas experiencias y sentimientos, manifiestas en reconocer la existencia del maltrato y arrepentimientos por su incorporación al grupo armado y su maternidad y/o por otras como nuevas oportunidades. Ello depende de las maneras propias en que cada una experimente ese común denominador a sus relatos, como es el distanciamiento físico, y a veces emocional, de sus familias, evidenciadas con la vinculación al grupo y ahora dentro de la institución, dadas las medidas de seguridad que esta también requiere poner en práctica para el desarrollo de su labor.

Reflexiones finales

Sin lugar a dudas, la intervención con familias ha sido uno de los ámbitos más importantes de estudio y práctica del trabajo social, por esto considero que es necesario formular la pregunta —e invitar a hacerla— sobre la cuestión de cómo trabajar y hacer los acompañamientos familiares a estas madres jóvenes desvinculadas del conflicto armado que están siendo atendidas por el programa del ICBF¹⁷.

A partir de lo planteado anteriormente respecto a los relatos de las madres jóvenes, habría varias cosas a tener en cuenta, las cuales implican amplias discusiones, entre las que se pueden destacar, para una posterior reflexión, las siguientes:

1. *El reconocimiento de las jóvenes como víctimas, mas no victimizarlas, del conflicto armado por su reclutamiento forzado en un grupo armado ilegal. ¿Qué le da el carácter de forzado al reclutamiento? Es necesario entrecruzar distintas variables que van desde la amenaza del grupo ejerciendo violencia*

hasta la pobreza, la violencia intrafamiliar, el negarse a separarse de personas significativas y el deseo de poder asociado a las armas relacionado con la militarización de la vida cotidiana y de espacios como las familias (Álvarez y Aguirre; Carmona). Dados todos estos factores y otros más, se configura el entorno en que niños y niñas deciden o aceptan ingresar a un grupo armado. Antes de entrar a él tenían una serie de situaciones en las que no conocían en su totalidad sus derechos y deberes fundamentales, lo que tampoco les permitía ejercerlos, el paso por el grupo, a veces casi imperceptible para ellas mismas, les acarrea otra serie de negaciones a su dignidad. Esto implica hacerse la pregunta de ¿cómo usar los elementos del programa para cada caso particular?, y no ¿cómo adaptar el caso al programa? Es decir, es indispensable flexibilizar las pautas de atención.

Además del reconocimiento de los niños y niñas como víctimas, con capacidades para la toma de decisiones sobre sus vidas, es necesario preguntarse si el programa debe dirigirse solo a restablecer derechos o, como en muchos casos, presentarlos por primera vez y/o garantizar medidas de reparación.

2. *Los diferentes escenarios de socialización por los que pasan las jóvenes les plantean el desarrollo de identidades múltiples* (Sen). Retomando lo anterior acerca de estudiar cada caso, también es indispensable hacerse la pregunta por lo que ha implicado para cada una sus procesos de socialización en el espacio familiar, en el grupo armado y en la institución de protección, que debe reconocer que se convierte en un agente resocializador. Esto implica entonces potencializar los elementos que fortalezcan la personalidad de las jóvenes, sus capacidades para desarrollarse como mujeres y en este caso también como madres (si así ellas lo deciden), reconociendo las maneras y los discursos que las han conformado en lo que ahora son, rescatando los elementos positivos que las relaciones en cada espacio han dejado para la construcción de sus identidades como jóvenes, mujeres, madres, trabajadoras, practicantes de alguna religión, entre otras.

17 Institución estatal que se ha establecido como espacio de labor profesional de los y las trabajadoras sociales en el país.

3. *Tener una mirada desde un enfoque diferencial de género*, reconocer los impactos diferenciados que el paso por la guerra ha dejado en niñas, niños y jóvenes es un elemento de suma importancia para generar procesos de acompañamiento relacionados con la experiencia y necesidades de cada uno y una. Analizando además las masculinidades y feminidades creadas en espacios rurales, violentos, en los que se reproducen arreglos de género basados en la fuerza y la eliminación de otros y otras, lo que implica caracterizar la sociedad a la cual pretende reintegrarse esta población (Wills; Theidon). De otro lado, reconocer que como mujeres, hombres y profesionales tenemos estereotipos y prejuicios sobre lo que deben ser y hacer los hombres y mujeres desde nuestros propios procesos de socialización, en esta medida hay que tener en cuenta que a las jóvenes madres se les exige asumir un papel de importancia social cuando ellas mismas se encuentran en un proceso de definición de sus identidades.
4. *Responsabilidad social desde la intervención e investigación para la transformación de conflictos*. Nuestra labor con personas y en este caso con niños, niñas y jóvenes desvinculados de los grupos armados nos pone de frente a las situaciones de violencia que se viven a diario en el país, lo que amerita responsabilidad no solo por hacer y generar procesos de intervención en la sociedad que tenemos, sino también con la que soñamos. Además, desarrollar investigaciones que generen conocimiento sobre la situación, producir debates y elementos para la discusión desde una ciencia social que a diario trabaja con las personas víctimas de hechos de violencia.
5. *Acción Sin Daño¹⁸ y Práctica del Trabajo Social*. Los procesos de intervención e investigación desde el trabajo social deben estar basados en preceptos éticos, a partir de los cuales se logren analizar, identificar, conocer y respetar las maneras propias en que los niños, niñas y jóvenes pueden asumirse en un

espacio que ahora desde lo civil-urbano les plantea retos, dificultades y les genera expectativas.

Referencias bibliográficas

- Álvarez- Correa, Miguel y Julián Aguirre Buenaventura. *Guerberos sin sombra. Niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado*. Bogotá: Procuraduría General de la Nación, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), Organización Internacional para las Migraciones (OIM), Save the Children (Reino Unido), 2002.
- Anderson, Mary. *Do No Harm: how aid can support peace-or war*. Londres: Lynne-Rienner Publishers, Boulder, 1999.
- Barreto Gama, Juanita y Yolanda Puyana Villamizar. *Sentí que se me desprendía el alma. Análisis de procesos y prácticas de socialización*. Bogotá: Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz), 1996.
- Barrett, Michele and Mary McIntosh. *The Anti-Social Family*. London: Verso. 1991.
- Bello, Martha Nubia. “La violencia y la masacre en Bojayá: rupturas, daños y recomposiciones desde la perspectiva familiar”. *Familias, cambios y estrategias*. Compilado por Yolanda Puyana Villamizar y María Himelda Ramírez. Bogotá: Secretaría Distrital de Integración Social, Alcaldía Mayor de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Trabajo Social, Centro de Estudios Sociales (CES), abril 2007.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann. *La Construcción social de la realidad*. Traducido en español por Silvia Zuleta. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1968.
- Brett, Sebastian. *Aprenderás a no llorar. Niños combatientes en Colombia*. New York: División de las Américas de Human Rights Watch, Unicef, 2004.
- Carmona Parra, Jaime Alberto. “Niñas soldados en procesos de reinserción a la vida civil en Antioquia. Periodo 2004 – 2006”. *Memorias del Foro Plan Desarme. Debates Ciudadanos: políticas públicas de seguridad y convivencia*. Medellín: Fundación Universitaria Luis Amigó, 2006.
- Defensoría del Pueblo. *Caracterización de los niños, niñas y adolescentes desvinculados de los grupos armados ilegales: inserción social y productiva desde un enfoque de derechos humanos*. Bogotá: Defensoría Delegada para los Derechos de

18 Véase más información en Anderson, Mary. *Do No Harm: how aid can support peace- or war*. Londres: Lynne-Rienner Publishers, Boulder, 1999.

- la Niñez, la Juventud y la Mujer, Convenio Defensoría del Pueblo, Unicef, 2006.
- Escobar, Niñón y Hernández, Nancy. *La niñez desvinculada del conflicto armado (Política social del Estado)*. Bogotá: Universidad La Gran Colombia, 2002.
- Higuera Rubio, Diego Mauricio. “Los discursos sobre la paz y la paz en los discursos de las AUC y las FARC-EP. Un análisis desde la antropología a una lucha simbólica en Colombia”. Tesis de pregrado en Antropología, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2003.
- Kearnis, Yvonne E. *Voces de Jóvenes excombatientes – Colombia*. Ginebra: Comité Andino de Servicios (CAS), Oficina de los Cuáqueros QUNO, 2004.
- León, Magdalena. “La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas masculinas y femeninas”. *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y masculino*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1995.
- Páez, Érika. *Las niñas en el conflicto armado en Colombia. No queremos que nos limiten nuestros sueños de niña*. Alemania: Save the Children, Editorial Terres des Hommes, 2002.
- Palacio Valencia, María Cristina. “El escenario familiar: la convergencia del conflicto armado y el desplazamiento forzado. Una lectura desde la realidad del departamento de Caldas”. *Familias, cambios y estrategias*. Compilado por Yolanda Puyana Villamizar y María Himelda Ramírez. Bogotá: Secretaría Distrital de Integración Social, Alcaldía Mayor de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Trabajo Social, Centro de Estudios Sociales (CES), abril, 2007.
- Pinto Velásquez, Dora Eliana. “Desplazamiento no es un juego de niños... aproximación a las condiciones de la infancia y la familia en situación de desplazamiento reubicadas en el municipio de Soacha”. *Revista Trabajo Social*, n.º 7, 2005. Bogotá D. C.: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Charlie's Impresores.
- Pinto Velásquez, Dora Eliana. “Madres, jóvenes y desvinculadas del conflicto armado en Colombia identidades construidas, modificadas y/o reafirmadas en sus familias, grupo armado ilegal e institución de protección” Tesis magíster en Estudios de Género: Área Mujer y Desarrollo. Centro de Estudios Sociales (CES), Facultad de Ciencias Humanas, Maestría en Estudios de Género: Área Mujer y Desarrollo Universidad Nacional de Colombia, 2008.
- Piña, Carlos. “La construcción del ‘sí mismo’ en el relato autobiográfico”. *Revista Paraguaya de Sociología* 71, Año 25, Enero – Abril, 1988. Asunción, pp. 135 – 176.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). *Hechos del callejón. Niños y jóvenes: ¿por qué ingresan a grupos ilegales?*, n.º 38. Bogotá: Agencia Catalana de Cooperación para el Desarrollo, 2008.
- Puyana Villamizar, Yolanda. “¿Será verdad que me llegó el diablo? Percepciones y prácticas sobre la menstruación de un grupo de mujeres de los sectores populares”. *Revista En Otras Palabras... Mujeres, mitos e imaginarios*, n.º 6, julio a diciembre, 1999. Bogotá: Grupo Mujer y Sociedad, Programa de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia, Corporación Casa de la Mujer de Bogotá.
- Puyana Villamizar, Yolanda. “¿Es lo mismo ser mujer que madre?”. *Ética: Masculinidades y feminidades*. Compilado por Angela Inés Robledo y Yolanda Puyana Villamizar. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas, Colección CES, Universidad Nacional de Colombia, 2000, pp. 89 – 126.
- Puyana Villamizar, Yolanda. *Padres y madres tradicionales e innovadores: una lectura desde la clase social y el género*. Informe proyecto de investigación. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género, Dirección de Investigación-Sede Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. Inédito, diciembre 2006.
- Puyana Villamizar, Yolanda. “El familismo: una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo”. *Familias, cambios y estrategias*. Compilado por Yolanda Puyana Villamizar y María Himelda Ramírez. Bogotá: Secretaría Distrital de Integración Social, Alcaldía Mayor de Bogotá, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad Nacional de Colombia, abril 2007, pp. 263 – 278.
- Sen, Amartya. *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Traducido por Verónica Inés Weinstabl y Sevanda María de Hagen. Madrid: Katz Editores, 2007.
- Wills Obregón, María Emma. “Dinámicas de guerra, géneros y memorias. El caso de Trujillo, Colombia”. Área de memoria histórica, Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR). Bogotá: Apuntes de clase, Seminario de investigación I, maestría en Estudios de Género: Área Mujer y Desarrollo, primer semestre de 2008.

Documentos en línea

Montero, Justa. "Feminismo: un movimiento crítico". *Intervención Psicosocial* 2, vol. 15, 2006. Madrid, pp. 167-180. Consultado el 13 de febrero de 2008. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2211859>, F.A.

Theidon, Kimberly. "Reconstrucción de la masculinidad y reintegración de excombatientes en Colombia". Serie Working papers FIT, n.º 5. Fundación Ideas para

la Paz. Consultado el 12 de junio de 2009. http://www.ideaspaz.org/secciones/publicaciones/download_papers_fip/03masculinidad_rint.pdf

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Vigésima segunda edición. Consultado el 17 de septiembre de 2009. http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=cultura